

MERCKX
MITAD HOMBRE, MITAD MÁQUINA

William Fotheringham



© William Fotheringham 2012, del texto original.

Publicado originalmente bajo el título *Merckx: Half Man, Half Bike* por Yellow Jersey, una marca de Vintage Publishing. Vintage es una empresa del grupo Penguin Random House.

© Libros de Ruta Ediciones, S.L., 2019.

Bilbao-Galdakao errepidea 10-3

48004 Bilbao

info@librosderuta.com

www.librosderuta.com

Primera edición: noviembre 2019

Traductor: David Batres Márquez

Edición: Eneko Garate Iturralde

Portada y maquetación: Amagoia Rekeró García

Foto portada: Rolls Press/Popperfoto

ISBN: 978-84-120188-6-8

Depósito legal: BI-895-2019

Impreso en España por Leitzaran Grafikak

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

CON LA VERSIÓN IMPRESA, GRATIS VERSIÓN DIGITAL DEL LIBRO.
Si ha comprado este libro y quiere disponer también del mismo en formato digital, escriba su nombre y apellidos en la primera página con bolígrafo o rotulador. Saque luego una foto de dicha página y envíela a info@librosderuta.com. Una vez recibamos su email con la foto, le enviaremos la versión digital del libro a su dirección de correo electrónico.

Este libro se ha beneficiado de las ayudas a la edición promovidas en el año 2019 por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

ÍNDICE

Agradecimientos.....	9
Introducción.....	11
Primera parte: La década de los sesenta	
Padre e hijo.....	25
Arriva Merckx.....	43
Dominio mundial en cinco fases.....	63
¿Oui o Ja?.....	87
Savona.....	109
Merckxismo revolucionario.....	121
Segunda parte: La década de los setenta	
El descenso de un Dios.....	141
Abrasados por el Rey Sol.....	165
Ataques accidentales de un anarquista.....	189

MERCKX. MITAD HOMBRE, MITAD MÁQUINA

<i>Annus Mirabilis</i>	205
<i>La course en tête</i>	221
Al servicio del caníbal.....	239
El crepúsculo del Dios.....	263
El fin del deseo.....	283
Principales victorias de Eddy Merckx	305
Bibliografía	309

AGRADECIMIENTOS

He de darle las gracias a las siguientes personas por compartir conmigo sus recuerdos sobre Merckx: Jørgen Leth, Jean-Luc Vandenbroucke, Gian-Paolo Ormezzano, Bob Addy, Ian Banbury, Sean Kelly, Michael Wright, Jiří Daler, Joël Godaert, Giorgio Albani, Bernard Thévenet, Ole Ritter, Vittorio Adorni, Ernesto Colnago, Sid Barras, Emile Daems. En especial agradezco a Jos Bruyère, Guillaume Michiels y Bob Lelangue, los cuales fueron muy generosos al compartir su tiempo conmigo para recordar sus días junto a Merckx.

Mientras investigaba para un libro por llegar sobre el ciclismo flamenco resultó inevitable que el nombre de Merckx apareciera en mis conversaciones con Rik Van Looy, Patrick Sercu, Walter Godefroot, Herman Van Springel y Frans Verbeeck. Me gustaría mostrar mi gratitud a todos estos grandes por su ayuda.

También quería agradecer a Stéphane Thirion, Marc Ghysselinck, Marco Pastonesi y Philippe Bouvet por todos sus consejos y los números de teléfono que me consiguieron. Sus nombres parecían ser la llave que abría cualquier puerta.

Chris Boardman y Peter Keen brindaron también una ayuda de gran valor al ofrecerme información de sus intentos de Récord de la Hora y del de Merckx. Estoy en deuda con mi hermano, Alasdair Fotheringham, por su ayuda al entrevistar a Raphael Geminiani y a Txomin Perurena, y también con Barbara Rumpus de

L'Equipe por facilitarme cierto artículo. Jacinto Vidarte y Javier de Dalmases fueron muy amables al compartir sus recuerdos sobre José Manuel Fuente, mientras que Joël Godaert me facilitó información sobre los últimos meses de carrera de Merckx, además de surtirme de extractos de su libro *Eddy Merckx, La Roue de la Fortune*, reproducidos en *La Dernière Heure*. Muchísimas gracias a Tim Harris y Jos Ryan por el magnífico café, los ánimos y dejarme una cama en Flandes Oriental mientras hacía mis entrevistas. Mi hijo Patrick recordará este libro por ser su primer encargo pagado —el palmarés de Merckx—, por el que le estoy muy agradecido.

Mi agente, John Pawsey y mi editor en el *The Guardian*, Ian Prior, quienes siempre me han ofrecido todo su apoyo a lo largo de los años. Matt Phillips, mi editor en Yellow Jersey Press fue un torrente de fuerza desde el principio y hasta el final. También he de agradecer a James Jones por el diseño de cubierta, Bethan Jones por la publicidad, Phil Brown por la producción, Richard Collins por las correcciones y a Myra Jones por la lectura.

Como siempre, estoy en la mayor y más eterna de las deudas con Caroline, Patrick y Miranda, cuyo amor y apoyo nunca han menguado al enfrentarse a nuevas ausencias en lugares lejanos, y los muchos días en los que mi corazón y mi cabeza vagaban por Flandes y los Dolomitas.

INTRODUCCIÓN

Eddy Merckx lanzó su primer ataque cuando los cinco líderes pasaban bajo el pequeño triángulo rojo que colgaba de una larga cuerda por encima de la carretera y que marcaba el último kilómetro antes de la meta, situada en la estación invernal de Avoriaz. De repente saltó por la parte derecha del estrecho pasillo de carretera que dejaba la multitud de aficionados. Tras eso ya solo quedaban tres ciclistas: Merckx, vistiendo el maillot arcoíris de campeón del mundo, el holandés Joop Zoetemelk con el maillot azul del Gan-Mercier y el bajo y fornido francés Bernard Thévenet, el hombre que vestía el maillot amarillo de líder del Tour de Francia de 1975. Fue este quien alcanzó a Merckx cuando el belga intentó escaparse por segunda vez, a doscientos cincuenta metros de la meta; pero cuando el campeón del mundo volvió a atacar de nuevo, sin dar opción al francés de recuperarse, Thévenet lo dejó ir. Esos tres ataques le valieron a Merckx la tercera posición tras el vencedor de la etapa, el español Vicente López Carril, permitiéndole terminar con dos segundos de ventaja sobre Thévenet.

Teniendo en cuenta que Merckx había ganado cerca de quinientas carreras, una tercera posición parece insignificante. Teniendo en cuenta que Thévenet disfrutaba de una ventaja cercana a los tres minutos esos dos segundos parecían insignificantes. Pero esa serie de aceleraciones brutales y esa minúscula ventaja era un logro verdaderamente notable para alguien que se había roto la mandíbula

aquella mañana. Debería estar en el hospital o tumbado en un sofá, cuidando esa doble fractura que le había dejado la cara tumefacta y amoratada. Pero, en lugar de eso, había coronado tres colosos alpinos, cubriendo 225 kilómetros bajo un sol abrasador mientras lideraba el descenso rumbo a Morzine, el centro vacacional a los pies de la última ascensión —Thévenet era torpe en los descensos, así que merecía la pena ponerlo contra las cuerdas—, con un estilo que solo una palabra puede describir: heroico. Fue un esfuerzo fútil. Fue también autodestructivo. Fue glorioso.

A simple vista, aquella caída parecía de lo más inocua. Ni tan siquiera habían comenzado las hostilidades. Al comenzar la etapa en la pequeña ciudad alpina de Valloire, mientras el pelotón del Tour de Francia progresaba despacio desde el punto de encuentro hasta las primeras estribaciones del Col du Télégraphe, el danés Ole Ritter hizo un movimiento repentino para evitar colisionar contra otro ciclista. La velocidad era escasa, pero Eddy Merckx, quien iba a su lado, no pudo esquivarlo. Los manillares de ambos se engancharon, no logró controlar su bicicleta y se fue al suelo, cayendo hacia adelante y de costado. Podría haber sido una caída *rien de grave*, sin importancia, como suelen decir los comentaristas del Tour. Pero, por una vez, no sería un brazo extendido o una rodilla los que golpearían el suelo. Fue su rostro. Merckx cayó sobre su cara.

Ni tan siquiera cuando el doctor Pierre Dumas se acercó para reconocerlo quedó patente la verdadera gravedad de su lesión. Su rostro, en la zona del pómulo izquierdo, se inflamó como si hubiera recibido un gancho de derechas en una pelea de bar. Dumas aplicó crema analgésica sobre su mejilla, con lo que parecía que le estuviera creciendo un enorme hongo blanco. Estaba aturdido, seguramente conmocionado, también. Comenzó a hablarle en flamenco a un ciclista español al que conocía bastante bien; para nada el comportamiento de un hombre lúcido. Le recomendaron, pidieron e imploraron que abandonara la carrera, cantinela orquestada por Dumas y a la que sus compañeros y su director, Bob Lelangue, hacían los coros. Pero siguió pedaleando. ¿Por qué? Ni tan siquiera hoy puede explicarlo.

INTRODUCCIÓN

Después de llegar a la meta tuvo que hablar para la televisión, tiritando bajo su chubasquero transparente de Adidas mientras el brazo del comentarista de camisa chillona se posaba de manera protectora sobre sus hombros. Arrastraba las palabras en un intento de hacer el menor movimiento posible con su mandíbula, y, aun así, logrando que de ella salieran las declaraciones de manera cortés y fluida. El interrogatorio duró cinco minutos. ¿Por qué había continuado? ¿Por qué había marcado el ritmo en el último descenso? ¿Abandonaría a la mañana siguiente? ¿Se había acabado su ciclo? ¿Sentía que apenas tuviera amigos en el pelotón? ¿Consideraba a Bernard Thévenet un digno vencedor del Tour de Francia? Y cuando ya se alejaba para curar sus heridas fue requerido una vez más. Miren, ahí se acerca Thévenet, ¿sería tan amable de decir unas palabras sobre Merckx? ¿Y sería Merckx tan amable de decir unas palabras sobre Thévenet? ¿Y podrían, por favor, estrecharse la mano ante la cámara? Otro hombre habría lanzado improperios a todo pulmón, encolerizado por su necesidad de recibir asistencia médica. Pero el estoicismo de ese hombre que había dominado el ciclismo mundial durante los últimos siete años es digno de admiración. Aquella tarde los rayos X mostraron una fractura en su mandíbula. Al terminar la carrera, pruebas más exhaustivas demostraron que eran dos las fracturas, en realidad, con una astilla alojada cerca de los senos nasales. Apenas tenía sensibilidad en su maxilar, y solo podía ingerir líquidos. Dumas y su equipo médico le advirtieron de que si se empeñaba en seguir en el Tour sería bajo su propia responsabilidad. La carrera estaba perdida: antes de la caída, Thévenet había logrado una ventaja de casi tres minutos; y aunque Merckx hubiera estado en perfectas condiciones era una desventaja imposible de recuperar. «Casi cualquier otro ciclista hubiera aceptado esta excusa más que justificada para abandonar el Tour». Pero Merckx siguió adelante. Fue todo un calvario, como dirían los franceses, que duraría seis días: salieron de los Alpes para pasar por Châtel y Thonon-les-Bains, dirigiéndose al noroeste por Chalon-sur-Saône, tras 256 kilómetros; nueve horas sobre el sillín hasta llegar a París y los Campos Elíseos.

En lugar de cuidar sus heridas Merckx le disputó el resto de la carrera a Thévenet de la misma forma en que había luchado con él en la meta de Avoriaz. A esos primeros y escasos segundos le añadiría otros quince un día después, en la contrarreloj de Châtel, más otros dieciséis en la etapa de Senlis, cuando el francés se fue al suelo cerca de la meta. Mientras Merckx siguiera luchando, en lugar de optar por una aquiescencia pasiva, nadie podría cuestionar el derecho de Thévenet a reclamar la victoria. Nadie podría acusar al francés de haberlo tenido fácil en esa carrera. «Hasta que no quedaron dos vueltas para terminar en los Campos Elíseos, no pude creer que fuera a ganar el Tour», me contó Thévenet. «Sentía que no podía dejarle ni un centímetro, ni tan siquiera durante un instante, porque era capaz de atacar. No fueron días tranquilos».

Al seguir en carrera, y disputándola hasta el final, «Merckx garantizó que el triunfo de Thévenet fuera completo», dijo un testigo. «Si se hubiera retirado, sobre esa victoria luciría un asterisco». Ni tan siquiera el propio Merckx es capaz de exponer qué le llevó a seguir en ese Tour, aunque con el beneplácito del tiempo pasado sienta que fue una estupidez que no hizo sino acelerar su declive. Puede que influyera el premio en metálico, que para los ingresos de esos compañeros de equipo que dependían de él suponía una gran diferencia. La explicación que le ofreció al reportero de la televisión fue simple: «No soy de los que se bajan de la bicicleta». Pero la razón más simple es esta: aunque tenía todo en su contra, aún tenía opciones de victoria. ¿Qué habría sentido de haberse ido a casa y que fuera luego Thévenet quien se caía o enfermaba?

Los aficionados y la prensa fueron testigos durante años del dominio inexorable de Merckx sobre el ciclismo. Explicar, comprender sus gestas era tan complicado que resultaba más directo despacharlo con calificativos como autómatas, superhombres, «el monstruo», «el cocodrilo», «el Caníbal». Avoriaz y sus consecuencias mostraron facetas de Merckx que siempre habían estado allí, y en grandes cantidades, pero que siempre fueron ignoradas. Esa profesionalidad, esa determinación que consumía todos sus recursos, esa negación a someterse a lo que dictaba el destino, ese ciego amor por su oficio, ese temor a hacer algo de lo que luego pudiera

INTRODUCCIÓN

arrepentirse: aquellos seis días pusieron todo esto a la vista de todo el mundo. Y eso explica que al llegar a París en segunda posición —primera vez en ocho años en que terminaba una gran vuelta en otra posición que no fuera la primera— se hiciera más famoso todavía de lo que jamás lo había sido. Un periodista dijo de él que era mitad hombre, mitad máquina. Pero después de Avoriaz solo fue humano.

Pasaron veinte años entre el día en el que Eddy Merckx entró en mi vida y el día en el que por fin lo conocí. El 13 de julio de 1977 salí del colegio al que asistía en Exeter y me encontré a mi padre en el coche, escuchando la narración de una radio francesa que cubría el Tour de Francia desde los Alpes. Me contó que había sido un día extraordinario: treinta ciclistas habían llegado fuera de control, Eddy Merckx había perdido comba con los líderes, sufriendo como un perro para poder seguir en carrera. En esos mismos días me habían regalado la crónica en tapa blanda de la edición del Tour de 1976, escrita por Geoffrey Nicholson: *The Great Bike Race (La gran carrera ciclista)* libro que, en los últimos treinta y cinco años, he leído hasta hacerlo añicos. Nicholson dibujaba un cuadro evocador del mejor ciclista de la historia. Lo describía como un hombre distante, con las «facciones cinceladas como un poste totémico» y tan serio, y durante tanto tiempo, que los reporteros de los periódicos jugaban a encontrar fotografías en las que apareciera sonriendo. Merckx se tomaba su trabajo tan en serio que nadie se sorprendió por la cadena de sucesos que le hizo no poder participar en la edición del Tour de 1976. Una lesión durante el Giro de Italia obligaría a Merckx a elegir entre su deseo de conseguir un sexto Tour y sus obligaciones profesionales, las cuales dictaban que debía seguir en el Giro aun no quedándole ninguna posibilidad de victoria. Y, como dijo Nicholson, que escogiese esto último resultó de lo más típico.

A finales de 1997 viajé a Bélgica para entrevistar a Merckx, y hubo dos cosas que me sorprendieron sobremedida, las cuales no esperaba. Se había tomado la molestia de esperarme en el aero-

puerto de Bruselas, sin ningún atisbo de impaciencia, menos aún de enojo, ante el retraso de mi vuelo. Podría haber dejado que me las apañase por mi cuenta, o podía haber delegado el trabajo en alguna otra persona. Pero no, tenía un compromiso y lo iba a mantener. Si eso fue toda una sorpresa, no menos lo fue su altura. En las viejas fotografías que había visto nunca pareció más alto que un ciclista normal y corriente. Eran las típicas instantáneas: Merckx apoyado sobre su bicicleta en la París-Roubaix de 1970, Merckx siendo ayudado a bajar de su bicicleta después de haber destrozado el Récord de la Hora en 1972, Merckx atacando para conseguir otra victoria mientras parece que pisotea los pedales. Nada me había preparado para la visión del mejor ciclista del mundo sacándole una cabeza a la mayoría de la multitud que se encontraba en el vestíbulo de llegadas.

Esa sorprendente altura resulta metafórica para un hombre que está en lo alto de su deporte, y del mundo del deporte. El hombre que me esperaba en Zaventem aquel día (y al que, sorprendentemente, nadie reconocía), fue uno de los ganadores más prolíficos de cualquier disciplina. En el ciclismo seguirá siendo único por la cantidad y calidad de sus victorias. Durante años consiguió la casi imposible proeza de hacer que uno de los deportes más volátiles se convirtiera en casi predecible; o todo lo predecible que podía serlo. El ritmo al que conseguía victorias durante sus mejores años jamás será igualado: 250 victorias en 650 carreras en las que participó entre 1969 y 1973. Hubo años en los que estuvo a punto de ganar una de cada dos carreras en las que participaba. La cuenta es colosal: cinco Tours de Francia, cinco Giros de Italia —consiguiendo en tres ocasiones el mágico doblete al vencer ambas carreras en un mismo año—, tres mundiales en ruta, el récord de victorias de etapa en el Tour de Francia y de número de días vestido con el prestigioso maillot amarillo, el codiciado Récord de la Hora y cerca de treinta victorias en clásicas de un día. En su época suponía un grado de éxito verdaderamente asombroso, que jamás ha sido igualado.

Merckx cambió los estándares con los que se juzga el ciclismo, dejando el listón a una altura imposible. Su manera de compe-

